

## CAPITULO II.

### SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN MARCOS (18 de enero de 336-7 de octubre de 336).

1. Eleccion de san Marcos al supremo pontificado. — 2. Concilio arriano de Constantinopla. Deposition de Marcelo, obispo de Ancira. Restablecimiento de Arrio: su muerte trágica. — 3. Muerte del papa san Marcos (7 de octubre de 336).

§ II. PONTIFICADO DE SAN JULIO I (6 de febrero de 337-12 de abril de 352).

4. Eleccion del papa san Julio I. — 5. Carta de san Antonio al emperador Constantino. Destierro de san Pablo, patriarca de Constantinopla. Muerte de Constantino Magno. — 6. Llamamiento de san Atanasio á Alejandria y de san Pablo á Constantinopla. Segundo destierro de Pablo. Eusebio de Nicomedia se apodera de la silla de Constantinopla. — 7. Primer concilio arriano de Antioquia. — 8. San Atanasio echado segunda vez de Alejandria. Gregorio de Capadocia se apodera de aquella silla. Concilio de Roma convocado por san Julio. — 9. Llamamiento del patriarca san Pablo á Constantinopla: su tercer destierro. — 10. Segundo concilio arriano de Antioquia. — 11. Concilios católicos de Milan y de Sárdica. — 12. Vuelta de san Atanasio á Alejandria despues de su segundo destierro. Vuelta de san Pablo, patriarca de Constantinopla. — 13. Muerte de san Pablo, primer ermitaño. — 14. Circunceliones. Concilio de Cartago respecto de ellos. — 15. Persecucion de Sapor, rey de Persia, contra los cristianos. — 16. Levantamiento del primer sitio de Nisiba por Sapor II. Continuacion de la persecucion en la Persia. — 17. Levantamiento del segundo sitio de Nisiba por Sapor II. San Efen, discípulo de Santiago de Nisiba. — 18. Asesinato de Constante, emperador de Occidente. Triple usurpacion del imperio. — 19. Concilio de Sirmio. Cuarto y último destierro de san Pablo, patriarca de Constantinopla. Su martirio. — 20. Aparicion de una cruz milagrosa en Jerusalem. — 21. Muerte del papa san Julio I.

§ I. PONTIFICADO DE SAN MARCOS (18 de enero de 336-7 de octubre de 336).

1. San Marcos fué elegido para suceder á san Silvestre el 18 de enero de 336: muchos años habia que estaba designado como uno de los jueces de Donato, lo que prueba bastante que ya desde entonces era tenido como un eclesiástico piadoso, sabio y justo. Se cree que fué este papa el que mandó se rezase en la misa despues del Evangelio el símbolo de Nicea: *Credo in unum Deum*, este abreviadísimo código auténtico y fundamental de la fe.

2. Despues de la dedicacion de la iglesia de Jerusalem, los obispos que la habian presidido se fueron á Constantinopla, donde intentaban reunir los Eusebianos un nuevo concilio contra Marcelo, obispo de Ancira, á quien acusaban de sabelianismo [en la apariencia, mas realmente], porque defendia el símbolo de Nicea. Marcelo enseñaba con toda la Iglesia católica, que la distincion real de personas en la santísima Trinidad no suponía ni probaba de modo alguno division de sustancia. « El Verbo procede del Padre, decia; y escrito está que el » Espíritu Santo procede del Padre, en algunos lugares; en » otros, que tambien procede del Hijo; por consiguiente, pro- » cede á la vez del Padre y del Hijo. Ahora bien, no se podria » concebir que procediese de uno y de otro, si el Padre y el Hijo » estuviesen separados por naturaleza. Pues ya que procede del » Padre y del Hijo, luego Padre ó Hijo son un solo y mismo » Dios. » Los dos Eusebios condenaron pura y llanamente esta doctrina y á su autor: lo que prueba ó su evidente mala fe, ó su absoluta ignorancia de la teología católica. Excomulgaron pues á Marcelo de Ancira y le depusieron de su silla. Trataron en seguida del restablecimiento de Arrio, que inútilmente habia intentado volver á Alejandria, aun despues del destierro de san Atanasio á Tréveris. El pueblo de Alejandria, fiel á su santo patriarca y á la fe católica, se habia sublevado al aproximarse el heresiarca, y le habia arrojado de todo su recinto. Habiendo salido vana esta intentona en Alejandria, los Eusebianos lograron feliz éxito para sus planes en Constantinopla mismo, en la ciudad imperial, á la faz del mundo todo. Sus primeras diligencias se dirigieron al patriarca de Constantinopla, san Alejandro: le suplicaron tuviese compasion de un sacerdote, tan largo tiempo, decian ellos, y tan injustamente perseguido. El santo anciano, de edad á la sazón de mas de noventa años, no tenia ni menos firmeza, ni menos celo por la fe católica que habia mostrado durante su vida su homónimo ó tocayo san Alejandro, patriarca de Alejandria. « La manse- » dumbre con que yo tratara á Arrio, respondió, fuera una ver- » dadera crueldad contra los católicos. Las leyes de la Iglesia

» no me permiten contravenir, por falsa compasion, á lo que  
 » yo mismo he decretado con todo el concilio de Nicea. » En  
 tal coyuntura el emperador mismo, y de su propia autoridad,  
 fijó un día de domingo en que Arrio hubiera de ser recibido  
 solemnemente en la iglesia principal de Constantinopla, y ad-  
 mitido á la comunión en presencia de todo el pueblo: é intimó  
 á san Alejandro no hiciera oposicion, bajo pena de destierro. El  
 patriarca no tuvo otras armas que emplear sino las espiritua-  
 les. Por consejo de Santiago, obispo de Nisiba, que á la sazón  
 se hallaba en Constantinopla, prescribió á los fieles un ayuno  
 de siete dias para implorar los auxilios divinos en lance tan  
 peligroso para la Iglesia. En la víspera del día fijado, el santo  
 anciano, derramando lágrimas, se postró ante el altar con el  
 rostro en tierra, y con la mayor efusion de alma y corazón dijo  
 esta oracion: « Señor, si Arrio ha de ser recibido mañana en  
 » la Iglesia, sacad á este vuestro siervo de este mundo; pero si  
 » aun teneis piedad de vuestra Iglesia, no permitais que vues-  
 » tra herencia sea profanada. Herid, Señor, á Arrio con el peso  
 » de vuestra cólera, para que no se enorgullezca mas tiempo  
 » de su victoria la herejía. »

Entretanto Arrio iba recorriendo la ciudad, rodeado de la  
 turba de sus partidarios, que le formaba una especie de acom-  
 pañamiento triunfal. Llegados todos á la plaza mayor, en  
 frente de la basílica donde estaba orando san Alejandro, Arrio  
 se vió repentinamente acometido de un fuerte temblor ner-  
 vioso, y pidió retirarse á un lugar excusado. Como tardase  
 mucho en salir, entraron allí los suyos y le hallaron muerto en  
 tierra, en medio de un charco de sangre y echadas á fuera sus  
 entrañas. El horror de tal espectáculo hizo temblar hasta á sus  
 mismos sectarios: nadie osaba acercarse ya al teatro de este  
 fin tan trágico, y todos lo señalaban con el dedo como un mo-  
 numento de la divina venganza.

3. Estos acontecimientos llenaron todo el tiempo del corto  
 pontificado de san Marcos, que murió el 7 de octubre de 336,  
 en el mismo año de su exaltacion. Fué enterrado en la via *Ar-*  
*deatina*, en el cementerio de Santa Balbina, y de allí transpor-

tado á la iglesia de San Marcos, cuya dedicacion habia hecho.  
 Impuso este pontífice las manos á veinticinco obispos, veinti-  
 siete presbíteros y seis diáconos: quedando vacante la silla ro-  
 mana algun tiempo, despues de su muerte.

§ II. PONTIFICADO DE SAN JULIO I (6 de febrero de 337-12 de abril de 352).

4. San Julio I fué elegido sucesor á san Marcos el 6 de fe-  
 brero de 337, despues de una vacante de tres meses. Uno de  
 sus principales actos fué reunir en archivos especiales todo  
 cuanto pertenecia á la historia de la Iglesia de Roma, actas,  
 donaciones, testamentos. Cenni cree ver en esto el origen de  
 la fundacion de una biblioteca pontifical.

5. La muerte de Arrio habia hecho profunda impresion en  
 el ánimo de Constantino; y hasta el mismo Eusebio de Nico-  
 media se hallaba atónito y consternado. Y en efecto, un acon-  
 tecimiento tan imprevisto salia evidentemente de la línea de  
 los hechos ordinarios y desbarataba todos sus planes. El em-  
 perador pensó dirigirse al patriarca del desierto, san Antonio,  
 para ilustrar y asegurar su conciencia. Cuando los oficiales de  
 palacio llegaron á las montañas del desierto, portadores del  
 mensaje imperial, los monjes no pudieron disimular el júbilo  
 que les causaba semejante honor hecho á su padre. « No lo  
 » extrañeis, les dijo este, el que un emperador escriba á un  
 » hombre mortal; extrañaos mas bien de que Dios se haya  
 » dignado escribir su ley para los hombres, y hablarles por  
 » medio de su propio Hijo. » Respondió san Antonio á Con-  
 stantino, dándole consejos llenos de sabiduría, en los cuales le  
 recordaba la frivolidad de las cosas de la tierra, y la cercanía  
 de los juicios de Dios, eternos é inescrutables. Insistia supli-  
 cando al emperador que hiciese revistar el proceso de san Ata-  
 nasio, y que mandase cesar un destierro tan injusto para con un  
 inocente, como perjudicial á la fama y honra del príncipe que  
 lo habia mandado. En el momento mismo en que el empera-  
 dor recibia esta carta en Constantinopla, acababa de decretar  
 el destierro de Pablo, patriarca de Constantinopla y sucesor